

Pero, con independencia de esta nueva jerarquización estética, sobre la que cabría hacer prolijos y largos paralelismos entre cine y teatro, lo importante es que unos actores españoles van a plantearse la representación del «Marat-Sade». Ciertamente, una serie de circunstancias están agudizando el profundo desajuste entre la «capacidad» de nuestro teatro y la demanda o necesidad de nuestra amplia minoría intelectual. Reciente está el caso de «Cara de Plata», de Valle Inclán, desvelador de la parálisis de nuestro discurso teatral, de la escasa evolución de nuestros actores, nuestros escenógrafos, nuestros luminotécnicos, todo ello más allá de los errores que se pudieran específicamente atribuir a José María Lopera y a los componentes de aquel reparto. Ahora, el «Marat-Sade» replantea el problema. Empezamos a saber lo que «quisiéramos ver», pero, llana-

Llegan tiempos de experimentalismo. Tiempos en los que hará falta una terrible buena fe y una humana seguridad en sí mismo para superar la pedantería —propia y ajena— de nuestro aldeanismo. Porque el teatro no son esa media docena de cosas que todos sabemos, ni unas cuantas ideas discutidas en una tertulia de café. Hay por medio un problema técnico, un problema de crisis y formación de un nuevo actor para un nuevo teatro. Y eso, folios aparte, sólo será posible si se intenta concretar sobre los escenarios cuanto va pidiendo el discurso intelectual.

Debemos alegrarnos por la presencia de este «Marat-Sade», y porque haya sido ese el título elegido por el Nacional de Cámara, para iniciar la nueva etapa confiada a Mario Antón. El que luego el «Marat-Sade», cubierto el compromiso se disponga a encarar



EL «MARAT-SADE», DE P. BROOK

mente hay que decirlo, no sabemos hacerlo. ¿Es que hemos de quedarnos haciendo sainetes y metiéndonos con los que quieren sobrepasar tales formas naturalistas? ¿Es que, con cuatro citas o experiencias extranjeras, hemos de paralizar a los que quieren cambiar la cita de los menos por la experiencia de, relativamente hablando, los más?

el gran público, es una decisión encomiable y positiva. Tanto más encomiable y digna de aplauso cuanto es grande el riesgo, y en nuestro teatro los directores y los actores, por extraña paradoja autoantropofágica, han perdido el gusto inigualable del riesgo, la novedad, el descubrimiento y la aventura. ■ J. M.

VEINTICINCO AÑOS ESPERANDO A BRESSON

La última vuelta del camino

Veinticinco años —su primer film, «Les anges du péché», data de 1943— ha sido preciso esperar para que una obra de Robert Bresson llegue, al fin, a las pantallas españolas. Cineasta marginal —en este lapso de tiempo no ha realizado más que ocho películas—, Bresson es, independientemente de que se conulgue o no con sus particularismos ideas, de que alternativamente puedan experimentarse ante sus diferentes producciones sensaciones de indignación o admiración sin límites, un auténtico «autor». Lo que, evidentemente, no se invalida en absoluto por el hecho de que, en la mayoría de las ocasiones, haya partido para la elaboración de sus films de textos literarios preexistentes, tratése de Giraudoux —«Les anges du péché»—, de Diderot-Cocteau —«Les dames du Bois de Boulogne»—, de Bernanos —«Le journal d'un curé de campagne»—, «Mouchette»—, de Dostoyevsky —«Pickpocket»—.

Obsesionado por el tema del aislamiento, de la soledad del individuo frente a los demás, no ha hecho a lo largo de su obra más que insistir sobre el tema, a partir de tratamientos divergentes pero conducentes a idénticas

conclusiones. La frase del personaje central de «Pickpocket»: «O Jeanne, pour arriver jusqu'à toi, quel drôle de chemin il m'a fallu prendre!», que aquél dice a la protagonista del film cuando la encuentra en la cárcel, después de una búsqueda que no es sino una traducción a escala cotidiana de la «búsqueda de lo absoluto», es, quizá, la más significativa de la obra de Bresson, la que podría servir de definición a su itinerario no sólo estilístico, sino espiritual. Y un extraño camino, en efecto, es el recorrido por Bresson desde sus comienzos hasta hoy, un camino con frecuencia retorcido, siempre difícil y áspero, lindante en ocasiones con el callejón sin salida. El cine de Bresson «contiene en sí los gérmenes de la autodestrucción y la célula cancerosa que, a partir de la negación del cine, podría provocar su muerte», ha dicho Gilles Jacob, uno de sus estudiosos. «El cine no es un espectáculo, es una escritura», ha declarado el propio Bresson, que, yendo más lejos, afirma en otra parte que «el cine es el arte de no mostrar nada».

A partir de estas afirmaciones se ha llegado a especular sobre la posibilidad de que un día, en su afán de

art buchwald

TRATANDO DE OLVIDAR CHICAGO

MARTHA A Vineyard, Massachusetts, septiembre.—La Convención Nacional Demócrata ha dejado una marca en todos nosotros, y todos los que estaban en Chicago por entonces sufren hoy sus efectos. Yo sé que los sufro. Vine aquí para olvidarme de todo, pero no es cosa fácil. Cuando nos sentamos a cenar la primera noche, les dije a mi esposa y mis hijos:

—¿Dónde están vuestras credenciales?

—¿Qué credenciales? —preguntó mi mujer.

—Las credenciales para entrar en este salón. A nadie se le permite entrar aquí a menos que presente sus credenciales. Deben llevarlas colgadas al cuello siempre.

—Eso es ridículo —dijo mi esposa.

—¿Ridículo? ¿Cómo voy a saber si todos los presentes pertenecen a mi familia si no tienen las credenciales respectivas?

—¿Estás seguro de que no te han dado un golpe en la cabeza, papá? —preguntó mi hijo.

—Me estáis empujando a hacer una barbaridad. Pero este juego no os dará resultado. Usaré de toda la fuerza necesaria para mantener la paz y el orden.

Todo el mundo siguió cenando en silencio. Luego los niños se fueron al cuarto de jugar con su «Scrabble».

—Bueno —dije usando un megáfono y un palo de escoba—. Disolved la reunión. No tenéis permiso para celebrarla aquí.

—No necesitamos permiso —dijo mi hija de trece años.

—Yo os diré si lo necesitáis o no. Vamos a tener ley y orden aunque para ello tenga que encerrar a todos los presentes.

Mi esposa intervino, diciendo:

—¿Por qué no duermes un rato? Has tenido una semana muy agitada...

—Eso es típico —le contesté—. Estás poniéndote al lado de los jóvenes y no de la autoridad. No es de extrañar que ellos crean que pueden jugar con el «Scrabble» sin afrontar las consecuencias.

—¿Por qué no bajan a tomarse una soda?

—No tienen permiso para ello —dije, sosteniendo la escoba como quien presenta armas—. El que cruce esta línea será golpeado en la cabeza.

Mi hija menor dijo entonces a su madre:

—Ya te dije que no debíamos haber permitido que papá se fuera a Chicago.

Mi esposa se puso colérica y exclamó:

—¿Vas a dejarte de esas tonterías? Estás echando a perder nuestras vacaciones.

Empuñando una lata de «Flit» grité por el megáfono:

—El que se me acerque recibirá un baño químico.

La familia se miró en silencio y luego mi esposa dijo:

—Mejor será que nos acostemos.

Y volví a gritar:

—Saldréis de uno en uno e iréis directamente a vuestros cuartos. Si alguien tira algo por la ventana será castigado y gaseado.

—Yo no quiero acostarme todavía —dijo mi hijo.

—Ni nosotras —dijeron las niñas.

—Está bien —dije—. Haciendo uso de la autoridad que me confirió el alcalde Daley, no me queda otra disyuntiva...

Y comencé a lanzar «Flit» por todo el salón. La familia corrió en busca de refugio. Estuve levantado toda la noche, pero no hubo más manifestaciones en la casa. Por la mañana me dormí, y cuando me desperté y vi los veleros en el puerto me pareció que Chicago quedaba muy lejos. Pero todavía llevo el «Flit» y el palo de escoba para protegerme, aunque creo que las cosas han mejorado. En cuatro días no he tenido que detener a nadie.

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Inc.-Agencia Zardoya.)